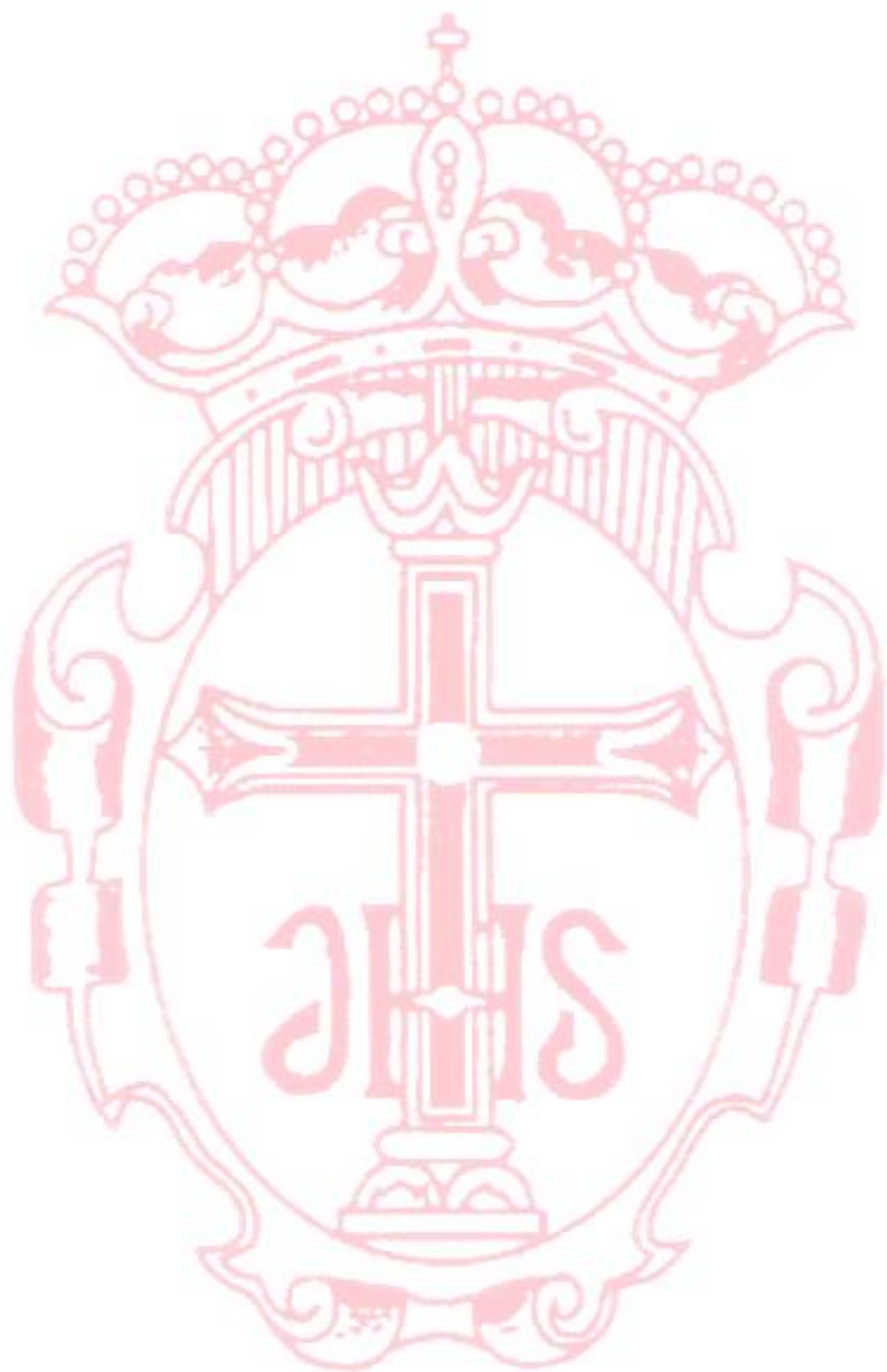
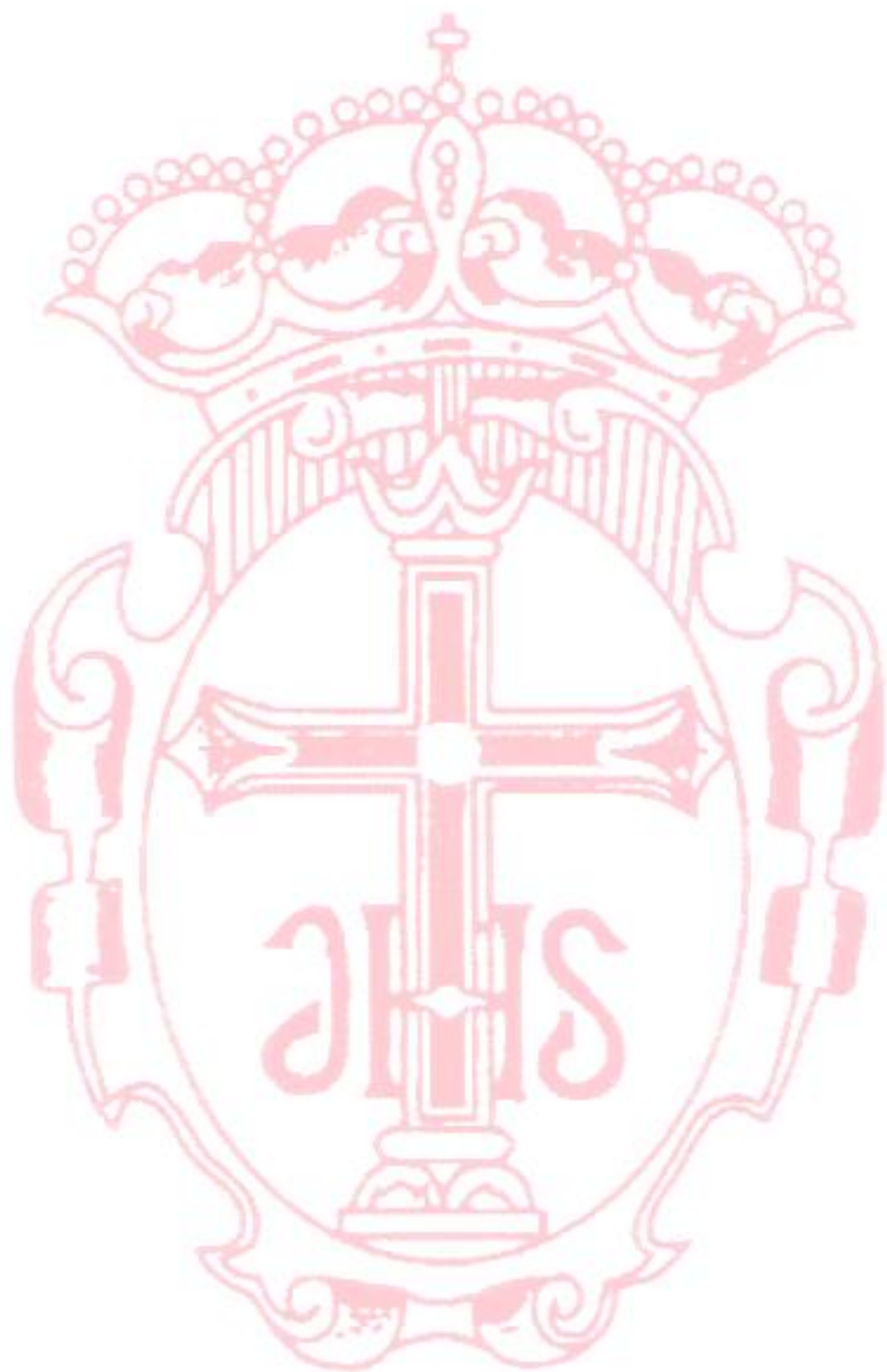




LOS CONSULADOS NAZARENOS







CARTA DE UN BUSCADOR DE CRISTO

Juan Silvestre Gabarrón Díaz
Vicehermano Mayor de Nuestro Padre Jesús
Nazareno de Mula



Queridos hermanos corintos. En nombre de todos vuestros hermanos de la hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Mula a los cuales estoy representando por medio de estas letras, es para mí un honor dirigirme a vosotros y a la vez una gran responsabilidad en estas fechas tan importantes para nosotros, por eso lo voy hacer del modo que mejor sé, desde el corazón.

Quisiera que estas humildes letras os sirvan de reflexión, como fuente de inspiración con las que poder sentir esta Semana Santa de un modo diferente e intenso. Como creyentes en Jesús Nazareno y animados por la ilusión de mostrar aquel que dotó nuestras vidas de

sentido y esperanza, me dirijo a vosotros no como un cristiano más, sino como un buscador, un eterno buscador de Cristo. Queridos hermanos. En esta etapa de nuestra existencia en las cuales nuestra fe y esperanza está siendo puesta a prueba, quiero deciros que no la perdáis, y que profundicéis aun más si cabe. Desde aquí quiero invitaros a que continuéis planteándoos la vida a través del Cristo, del Nazareno, del Resucitado y me gustaría hacerlo por medio de dos simples preguntas. Preguntas que son una reflexión, que como cristianos nos inquietan y nos conmueven. Preguntas que tenemos en común tanto aquellos que creemos en su poder y su gloria como aquellos que aún son escépticos, ¿Quién es Cristo para mí? Y yo, ¿quién soy para él? En estos días mientras realizamos nuestras penitencias o contemplamos su pasión, muerte y resurrección; reflexionar, reflexionar sobre esas preguntas y convertiros así en, “buscadores de Cristo”. Las respuestas que hallaremos serán el sextante que guiara vuestras vidas por el camino del sentido y la esperanza.

Durante los actos procesionales, mientras contempláis a Jesús orando en Getsemaní, sufriendo una injusta flagelación, coronado por las espinas de la opresión o cargando con dignidad la cruz que nos representa, no tengáis miedo de haceros esas preguntas y ser como la Santa mujer Verónica que se enfrentó a sus miedos y vivir conforme a las respuestas que hallareis en ellas, pues dejarán impregnado en vuestro corazón, la imagen de un Cristo que crucificado en la cruz mira con caridad a una sociedad que aún hoy día le sigue, ignorando, maltratando o humillando. Tal vez San Juan se hizo las mismas preguntas, por eso para Cristo fue su discípulo amado y San Juan para él su fiel seguido. Ser, en estos días como Nuestra Señora del Rosario en sus misterios dolorosos donde arrodillada con la mirada perdida reflexiona ¿Qué fue Cristo para ella? Y ¿qué fue ella para él?

Hermanos corintos, no temáis a las preguntas, no tengáis miedo a las respuestas que hallaréis en vuestra búsqueda, abrid vuestro corazón a Cristo. Si la respuesta tarda o no, en la espera disculpar sin límites, creer sin límites, esperar sin límites, aguantar sin límites y sobre todo, convertiros en buscadores de él. Dios os bendiga.



José Victorio Miñano Turpín
Presidente de la Cofradía Virgen de los Dolores, San Juan y Señor Resucitado
 Ricote



Son días difíciles. Son días en que dices, no soy de Jesucristo soy del otro... mejor no nombrarlo. Has discutido, has dicho improperios, hasta blasfemado, y qué culpa tendrá Él. No lo has sentido al decirlo, menos mal... y ¿por qué? Mal estado de ánimo, malos gestos, respuestas inadecuadas, un sinfín de cosas que vas acumulando y que no vas depurando; porque sí, somos como depuradoras, nos vamos cargando de cosas sucias e inadecuadas y tenemos que remover y tirar, nunca dejar dentro de nosotros. Es evidente que nuestro camino no es un bosque con hermosos árboles, que nos cobijan, lleno de flores que nos regalan los ojos y el olfato, llano y limpio donde el caminar es fácil. No, no es así, esto sería demasiado sencillo y hermoso, sería ya el cielo. Nuestro camino, vida, tiene algunos de esos tramos y que disfrutamos. Pero los que nos hacen fuertes y nos preparan, son otros caminos, y son los que nos hacen disfrutar aquellos. La vida, la convivencia, no siempre es lo que uno desearía, pero la ausencia de árboles, de flores, de sendero recto, llano y

limpio, y la proliferación de desiertos, de ausencia de color y sendas empinadas y piedras en ellas, no son otra cosa que pruebas y puntos de atención para nuestra preparación; si superamos este duro entrenamiento podremos competir, no digo ganar, eso es lo que menos importa, lo importante es estar en la competición, que nada ni nadie te saque de ella. Estamos en un camino, vida, de competición, insana muchas veces, porque hay ausencia de paz.

“La paz del cuerpo humano es el equilibrio ordenado de todos sus órganos; la paz del alma es la armonía del conocimiento racional y la voluntad; la paz doméstica es la concordia de las familias y las sociedades, obtenida solo por el amor, los mandamientos y la obediencia; la paz de la ciudad es la misma concordia familiar extendida a todos los ciudadanos; y la paz de la ciudad cristiana es una sociedad perfectamente ordenada de hombres que gozan de Dios y se aman mutuamente en él. En todas las cosas, pues, la paz es la tranquilidad del orden”, Don Bricio, en el Alma de la Ciudad de Jesús Sánchez Adalid. Después de releer este texto y su reflexión, ya no sabes si seguir escribiendo o dejarlo. Cuantas veces a lo largo de nuestro camino habremos oído y pronunciado la palabra Paz; la paz esté con vosotros, mi paz os doy, la paz contigo, paz y amor, paz y bien, paz para el mundo. No es una palabra de tres letras, es un sentimiento, es un estado de ánimo, es la tranquilidad del alma, es nuestro orden interior, que se manifiesta en todos y cada uno de nuestros actos, no existe paz externa, la paz es interna, y se manifiesta en cada uno de nuestros actos y formas.

Ahondando en nuestro camino de vida, Muste decía: «No hay un camino hacia la paz, la paz es camino», toma tu cruz y sígueme, yo soy el camino, la verdad y la vida... he aquí nuestro estado de

paz interior, Jesús nos da la paz, Él es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, sin Jesús, volvemos al tortuoso camino del principio, perdemos nuestra paz.



La Iglesia Católica sostiene que la falta de paz en el mundo, proviene de la falta de paz en el interior del hombre:

En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. El hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por esto, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad.

Y afirman también que el contacto con Dios será lo que traiga consigo la paz del alma:

“La comunión con Dios es manantial de serenidad, de alegría, de tranquilidad, es como entrar en un oasis de luz y de amor”. San Juan Pablo II, miércoles 21 de abril de 2004.

Para nosotros los enamorados de la Semana Santa, de esos siete días llenos de sentimientos y contradicciones entre colores de oscuridad y de luz, pasando por las manifestaciones de dolor, por la pasión y muerte y de júbilo por la Resurrección del Señor. Experimentamos en estos días concretamente la paz, la sentimos cerca, en el momento en que mas allá de nuestras procesiones, nos emocionamos con la manifestación catequética que ponemos en las calles año tras año, donde el entendimiento de la redención de nuestros pecados, por la muerte de un Hombre, es lo que nos llena de paz y de amor; si no, de qué otra forma tendría sentido que un hombre ofreciera su vida de esa forma y manera. Todo está en la paz y serenidad con que Jesús decidió darse al Padre Dios, por nosotros. Una vez que hemos entendido y aceptado la pasión y muerte de un Hombre, la celebramos y la manifestamos una y otra vez esperando la Resurrección.

Paz y Bien